

menos peligroso arrecife de «los Alacranes,» que dejamos al Norte el dia 26 poco despues de medio dia.

No obstante la calma del mar, verdaderamente excepcional en el Golfo hácia la época de los equinoccios, varios de los pasajeros sufrían mucho por el mareo. El movimiento lateral del barco era casi nulo, y poco sensible el de proa á popa; pero quizá el calor fué la causa principal de la enfermedad. Aunque yo nunca la he padecido ni en medio de los mas fuertes temporales, experimentaba entonces ese malestar producido siempre por una alta temperatura, malestar enervante que no permite ocuparse en trabajo alguno activo. En consecuencia, sin poder hacer otra cosa mas que leer á ratos, esta primera parte de la navegacion me fué verdaderamente tediosa, pues ni aun el «Caravelle» estaba provisto de piano, de juego de ajedrez ú otros medios análogos de distraccion, que hacen pasar menos fastidiosas las largas y monótonas horas de un viaje marítimo.

En tales circunstancias, cualquiera cosa que rompa esa monotonía, es un incidente que llama la atencion del navegante. Una disputa entre los hombres de la tripulacion; la aparicion de uno de esos ejércitos de puercos marinos, llamados comunmente delfines ó toninas, que saltan sobre las olas mostrando sus rojizos y encorvados dorsos, semejantes al segmento de la rueda de un carro; el encuentro con otro barco, que se distingue desde que se presenta en el horizonte, por su penacho de humo negro ó por sus blancas velas; la cosa mas insignificante, en fin, atrae á todo el mundo sobre cubierta. Entonces se recurre á los binóculos, se entablan discusiones sobre el tamaño de los monstruos marinos, sobre la nacionalidad y hasta sobre el nombre del buque, que apenas se vé como un punto negro allá en el confin del horizonte.

El 28 al amanecer comenzaron á distinguirse las costas de Cuba hácia el Sur, y á eso de las ocho de la mañana se presentó á la vista por el Norte un vapor bastante grande, que parecia procedente de los Estados Unidos y dirigirse al mismo puerto que el nuestro. El excelente Mr. A. Coup, capitán del «Caravelle,» cuyo fino trato y francas maneras nos habian hecho olvidar no pocas veces el tedio de la travesía, comenzó á observar el vapor, y con su ejercitada vista de marino auxiliada por un poderoso antejo, supo á los pocos momentos lo bastante para contestar á las preguntas que le habia yo hecho acerca de aquella embarcacion. «No cabe la menor duda, me dijo, de que el que tenemos á la vista es un va-

por de los Estados Unidos. Observe vd. la enorme altura del casco, característica en los buques anglo-americanos. Es probablemente alguno de los vapores mercantes que hacen el comercio y conducen pasajeros entre la Habana y New Orleans ó New York, y como se volverá dentro de dos ó tres dias para alguno de estos últimos puertos, puede vd. estar seguro de cumplir su deseo de volverse á embarcar en la Habana sin pérdida de tiempo para los Estados Unidos.»

Estos informes me llenaron de contento, y poco despues los ví, en efecto, comprobados; porque el otro vapor fondeó una media hora despues que el nuestro, esto es, á las diez y media de la mañana, en la amplia y hermosa bahía de la Habana. Era el vapor «Yazoo,» procedente de New Orleans, y que deberia hacerse á la mar de allí á dos dias con rumbo á Filadelfia.

No habiendo en la bahía otro vapor listo para partir á los Estados Unidos antes del 30 de Setiembre, me resolví á tomar pasajes en el «Yazoo,» y para arreglar el trasborde de los bagajes bajé inmediatamente á tierra, pues sabiendo por experiencia propia cuál es la rigidez de las leyes aduanales en la Habana, temia encontrarme con alguna dificultad que me ocasionase lo que mas me espantaba entonces, una dilacion en el viaje. Dejando todo á bordo del «Caravelle,» me dirigí á la casa de nuestro cónsul, el Sr. Hoffmann, quien desde luego y con toda eficacia, puso una carta al general Concha, marqués de la Habana y Capitan general de la Isla, explicándole el objeto de mi viaje, y pidiendo el permiso de verificar el trasborde al vapor anglo-americano sin que se abriesen las cajas por temor de algun accidente de que pudiesen resentirse los instrumentos. El Capitan general contestó dando su anuencia, y como el «Caravelle» estaba haciendo su descarga para proseguir su viaje hácia la Martinica, mandó que se guardasen nuestros objetos en los almacenes de la aduana, hasta que el «Yazoo» comenzase á recibir carga despues de desembarcar la que traía. Se hizo así, y las mismas lanchas de los carabineros, gratificadas por mí, se encargaron de bajar á tierra y de embarcar despues los bagajes.

Encontré la ciudad notablemente decaída respecto de como la conocí hace unos catorce años. Los efectos de la guerra civil que devora á la rica colonia, se hacen ya sentir en su opulenta capital. Hay todavía en ella mucho movimiento, el comercio continúa siendo activo, multitud de



buques de todas las naciones marítimas de Europa y de América se apiñan en sus extensos muelles; pero se nota en los habitantes el malestar que proviene de la desconfianza, de las persecuciones, de la menor circulación de numerario, frutos todos de las guerras intestinas. Algunos empleados del gobierno se quejaban de no recibir puntualmente el pago de sus haberes, y maldecían con las palabras más enérgicas del idioma, el estado de cosas que los había llevado á tal extremidad.

Aun el aspecto material de la ciudad no era el mismo que antes. Sus estrechas calles desaseadas, fangosas, sobre todo en la parte antigua y más comercial de la población, mantienen el germen de la terrible fiebre amarilla, que hace anualmente tantas víctimas entre los extranjeros, y con especialidad entre las tropas de la Península que el gobierno se ve obligado á renovar continuamente para sostener su dominio en la rebelde colonia. Me refirieron, entre otros, el hecho de haber quedado solo 400 hombres vivos ó útiles, entre más de 3,000 llegados durante la fuerza de la enfermedad del último verano.

Si en todo esto no hay exageración, y probablemente no la habrá atendidas las condiciones climatológicas de la Isla, debe ser inmenso el número de vidas que cuesta á la España el sostenimiento de la guerra. Y la España asolada también y debilitada por las luchas intestinas en su propio territorio, desarrolla una energía verdaderamente heroica al insistir á toda costa en la conservación de sus posesiones de América. Hay, sin embargo, en esa constancia acaso un fondo más bien de orgullo que de previsión, de dignidad más que de conveniencia, pues es imposible que desconozca todo lo que le enseña la historia de su pasado. Este le demuestra que el inmenso territorio de las colonias que hace tres siglos se vió obligada á cubrir con su propia población, contribuyó no poco á su decadencia; y que por el contrario, la época en que comenzó de nuevo á recobrar su antiguo esplendor, coincide con la de la emancipación de las posesiones que tenía en América, y por tanto con la concentración de sus recursos y de su vitalidad en la Península.

Por otra parte, no puede España dejar de comprender que Cuba alcanzará tarde ó temprano el objeto de sus esfuerzos; porque la emancipación de los pueblos es respecto de las sociedades una ley tan exigente como la relativa á los individuos. En consecuencia, sus hombres públicos deberían tal vez desprenderse un poco de la pasión del momento, para es-

forzarse en buscar un término decoroso y digno á esa lucha tan estéril como sangrienta y destructora.

En cuanto al pueblo cubano, interesante como es combatiendo por su libertad, tiene, á mi juicio, elementos muy desfavorables para poder esperar un porvenir halagüeño llegada la hora de su emancipación. Una población heterogénea, compuesta próximamente de una tercera parte de raza blanca, española ó criolla, y de dos tercios formados por la raza africana y sus diversas mezclas; profundamente arraigada entre ambas fracciones la antipatía de sangre, y en la primera la aversión, el desprecio hácia la segunda, engendrados por la institución de la esclavitud, no es racionalmente de creerse que aun después de muchos años llegue á formar un cuerpo compacto, con la vitalidad necesaria para desarrollarse y prosperar á la sombra de instituciones libres. Sus caudillos decretarán la manumisión de los esclavos, proclamarán la igualdad de los ciudadanos y expedirán todas esas leyes que el espíritu metafísico moderno ha inventado en lugar de los exorcismos y conjuros de otra época, y tan eficaces como ellos, para remediar por la sola virtud del ensalmo todos los males de la sociedad. Pero la inmensa desigualdad que existe y existirá de hecho entre la educación, la instrucción y la dignidad que de estas procede, de una raza respecto de la otra, es y será por mucho tiempo más fuerte que las leyes; porque esa desigualdad reconoce por origen causas que no obedecen á las simples prescripciones de un código. Dos ó tres generaciones, por lo menos, bajarían al sepulcro antes de que fuese posible difundir suficientemente entre las masas la instrucción indispensable para su emancipación real, y que es el único elemento capaz de establecer, hasta cierto punto, la igualdad de los hombres. Entretanto, la guerra civil con todos los horrores de que la reviste la diferencia de razas, sería el porvenir inmediato de ese pueblo infeliz; esto es, un estado social cuyo primer resultado es precisamente el de trastornar de continuo el orden público, base necesaria de todo progreso positivo.

Aun en medio de las pasiones que enciende la guerra, el buen sentido del pueblo, guiado por el poderoso aliciente de sus intereses, es á veces más cauto y previsor que las individualidades, casi siempre entusiasmadas, pero generalmente poco prácticas, que se constituyen en sus caudillos. Así por ejemplo, el partido independiente de Cuba me han asegurado que se compone, ó al menos se componía, de dos fracciones con tenden-